

procedentes. Desde La Comune, de París, el movimiento no cesa, movimiento de orden económico, moral y político. Y la Revolución de julio no ha sido otra cosa que uno de esos movimientos con caracteres marcados de anarquista porque fue contra la guerra; antrigülo porque redujo a pavesas las guardias d los cuervos crea las tinieblas morales, que prohibía al pueblo ver de cara al Sol sin pretañear, y fue económico-político porque dirigía sus ataques al Estado y al poder capitalista.

Este movimiento fué eminentemente anarquista, respondió a la táctica revolucionaria de nuestras ideas, fué destructor, y si materialmente no fué creador, en cambio, abrió nuevos senderos morales y demostró al mundo que el proletariado tiene las fuerzas suficientes para organizar la sociedad nueva que sustituirá a la organización burguesa.

Por eso nosotros con la vista puesta en aquel gran movimiento, decimos al proletariado: agítate todos los días y organízate en fuertes sindicatos, para preparar la gran revolución de que el mundo necesita una semana gloriosa, que de ella surgirá la sociedad que hará feliz al género humano, proclamando la libertad íntegra del Hombre...

ANTONIO LORENDO

LA ÚLTIMA DE JULIO

Rugido de León que se percibe a la lucha que al fin habrá de establecer... primer zarzapó que dá y que recibe para ver sus efectos en el mundo que tiene sangre corriendo... pero la fiera vive y el porvenir la empuja a pelear... ¡duró seis días! ¡Se halla en la memoria...! ¡Esta semana pasará a la Historia!

EMILIO GANTE

NOTAS HISTÓRICAS

SOBRE LA SEMANA REVOLUCIONARIA

Renuncio a hacer una relación más ó menos declamatoria é imaginativa del conato revolucionario ocurrido hace dos años en Barcelona.

Como de ese género de relatos suele abusarse, y los lectores habrán visto y verán aún varios de ellos, prefiero dar algunas notas exactas, tomadas del libro de Simarro El Proceso de Ferrer y la Opinión europea, que cada cual podrá aplicar a lo que sobre el particular le parezca oportuno.

De Orosio y Gallardó, gobernador de Barcelona a la sazón. «Yo me hallaba prevenido ante la proximidad de la huelga. Lo prueba el hecho de que, á la media hora de haber estallado aquella, un escuadrón de la guardia civil estaba ya dando cargas y disolviendo á los grupos de huelguistas. Los sucesos que se desarrollaron la mañana del lunes carecieron de importancia.»

De Enciso, gobernador civil interino de Barcelona. «La iniciación del movimiento fué debida al deseo de impedir á todo trance que se incorporasen los reservistas. De la agitación se originó el movimiento de los barcos, que se levantó contra la marcha y el envío de los reservistas á la guerra.»

De Sol y Ortega. «A la media hora del movimiento una explosión popular. De fulminante ha servido el sentimiento, la emoción que produjo la partida de los reservistas... ¡héroicos! ¡valerosos! ¡que se defendieron como los leones! Los partidos como tales no han intervenido en la gestación de la huelga... pero ya iniciada y convertida en rebelión, la han apoyado los obreros de todos los matices, desde anarquistas á republicanos.»

Del Centro de Defensa social. «Somos católicos y somos cristianos, pero no á la religión y á la patria; defendamos á los intereses morales y los materiales, y durante la última semana de julio de 1909 hicimos cuanto pudimos en favor de los intereses perseguidos por la revolución...»

Del Vicerio capitular. «Como consecuencia de la indesculpable perturbación que sumió á los pacíficos barceloneses bajo el imperio del terror y el triunfo de la anarquía, del 27 al 30 de junio, fueron incendiadas doce iglesias parroquiales, algunas de ellas totalmente destruidas, saqueados todos sus bienes, quemados varios archivos de las familias, inculcable de la sociedad y de las familias, y en suma se tocó á otras treinta iglesias y parcialmente destruidas... Y lo más grave es que buena parte de esos monstruosos crímenes, fueron perpetrados en presencia de los agentes de la autoridad, que en muchos puntos, por espacio de dos días contiguos, impusieron estas vandálicas excomulgaciones y de pillaje.»

De M Vidal y Ribas. «La invasión del Rif tenía por fin y por motivo imponer el respeto á la propiedad de unas minas... Pueblo iglesias declaró en Madrid que si fuera necesario los obreros irían á la huelga general con todas sus consecuencias... El gobierno, en lugar de sacar con rapidez el asunto emprendiendo un plan de campaña y llamó á los reservistas... Manifestaciones antiguerreras en Madrid y Barcelona. Diferentes protestas obreras en Cataluña. Formación de un Comité de huelga, que estableció relaciones con diversas ciudades. Algunos delegados del Comité visitaron á las personalidades de Madrid y Barcelona, que se trataba de un movimiento especificamente económico, sino de orden social y político, y á pesar de eso, el partido radical respondió que oficialmente no podía incorporarse... El primer día no se trabajó en Barcelona ni en la mayoría de las ciudades fabriles de Cataluña. A las nueve de la noche el Comité recibió el ofrecimiento de 1,500 hombres de Sabadell... Accediendo á las demandas de unos obreros republicanos, los delegados revolucionarios se vistieron nuevamente con las personalidades más visibles del partido republicano. Antes no quisieron acudir, y ya iniciado el movimiento, no pensaron en amplificarle sino en la actitud que adoptarían al caer para no aparecer como reaccionarios. Eso se llama adoptar una actitud elegante. Sobrevinieron los sucesos, se desarmaron los Veteranos de la libertad, hubo barricadas, funcionó la artillería, y el resplandor de los incendios de iglesias y conventos en noche lóbrega ofrecía al buen Dios el incienso que le dedica el pueblo de la España católica; pero hay que decir muy alto, que en tanto que se atacaba á los conventos y á las iglesias nadie pensó en hacer violencia á las personas, y que en ningún momento permitió el pueblo revolucionario que nadie se llevase nada, fuera lo que fuese. Hubierido el Comité hacer marchar á Barcelona un ejército de obreros armados de las grandes ciudades industriales de Cataluña, dispuestos a defender el nuevo orden de cosas que hubiera podido establecerse. El movimiento fué general en Cataluña. En el resto de España hubo agitación. En diversas ciudades de Valencia y Castilla hubo huelgas para protestar contra la guerra...»

Ep Barcelona la guardia civil tuvo un teniente y un comandante muerto y 39 guardias heridos. En el ejército 3 muertos y 27 heridos. En el pueblo 82 muertos y 120 heridos. Los de fuera de Barcelona se descomponen en obreros armados y otros. Corto es el número de notas, y así no de las más culminantes; pero ofrecen estas particularidades:

1.º El radicalismo radical se vuelve elegante á lo mejor del cuento. Sin duda por esa elegancia se ha apeado de la ampulosa dogmatología del «Rebeldes rebeldes para embudo» y se ha pasado a la fórmula del «Piquito de revolución diaria».

2.º Los católicos hicieron todo lo que pudieron en defensa de la patria, de la propiedad, la familia y la religión de nuestros padres, pero ¡qué habían de hacer si durante dos días los agentes de la autoridad les hacían que se inflamasen en las delicias de la moda, adoptaron también una actitud elegante.

Falta espacio para más consideraciones, y además es conveniente que el lector las haga. Es preciso, y en asuntos de esta índole sobre todo, no servir los pensamientos de particular que que la mentalidad se extienda, la verdad se ilumine en la experiencia, firme y bien documentada, produce mejores resultados.

Por lo que termino apelando al buen juicio del lector.

ANSELMO LORENZO

de Israel, así como el de los poetas de Atenas y de Roma; este es el deseo de los mejores y de los más grandes en los tiempos modernos. Dígamoslo mejor: jamás se ha hecho la guerra sino para conquistar la paz. Es, pues, el destino de la guerra en el mundo su triunfo. ¡Que perezca para siempre!

¡Pueblos! Recordando el poderío, las miserias y la gloria que os ha dado, socofadica en su manto de púrpura. Y libertos para siempre de su ilustre esclavitud, pedid la prosperidad y la riqueza, no á victorias de un día, sino á la paz que abre el camino a victoria y la única perdurable.

¿Quién llorará el término de la guerra? Si todavía existe entre vosotros algueta que, alimentado por una filosofía obscura, la desea y la espera como un ideal, y ve en las batallas el sangriento holocausto agradable a dios de los Ejércitos, á este nada tengo que decirle.

¡Temis que al matar la guerra se maten del mismo golpe el valor, la constancia, la abnegación, las más fieras virtudes que llenan el corazón de los hombres? No, las artes de la paz, la ciencia, la ciencia para el bienestar y la actividad activa y eficaz aplicada á las Necesidades humanas y de la sociedad, las obras de la civilización forman también energías, excitan el valor y suscitan héroes. De ello no se puede dudar en este momento, en el que la conquista pacífica del aire cuenta prodigamente cada día entre los más jóvenes y entre los más intrépidos.

Tranquilizense los que crean que las rudas pruebas son necesarias para templar los corazones. Cuando la trompeta guerra, cuyo sonado es cada vez más raro en el mundo, haya cesado de llamar á las razas sangrientas carnicerías, aún no podrá la Humanidad formarse en las delicias de una nueva edad de oro; Aetrea no descenderá del Zodíaco para recrear á los hombres en las delicias de una primavera eterna, ni la miel correrá en arroyos del tronco de las encinas seculares. El esfuerzo, el duro esfuerzo será necesario todavía para el bienestar humano en las delicias de un mundo que, por completo, ya no quiere la Revolución. La lemn. Detestan al pueblo en la calle tanto como los burgueses de 1793 detestaban á los hombres armados con picas.

Peró sin esas insurrecciones, sin toda una serie de insurrecciones, jamás sería posible la Revolución.

Se comprende que sea hoy la Revolución es necesario que se haya desarrollado en las masas el descontento, el deseo de acabar con la opresión; que se haya extendido en amplias capas del pueblo trabajador, de aquellas capas que desde generalmente violenta y revolucionaria. Cuando esos sentimientos existan, no capta de producirse por actos, los motivos locales son inevitables.

Y no se diga que son inútiles: no ha habido jamás insurrección inútil. La última insurrección de Barcelona suministraba una prueba más, unida á las numerosas que preceden á la Revolución, que el valor anticlerical se tradujo por acto de valentía, se necesitó la indignación europea contra la ejecución de nuestro amigo Ferrer para que los gobernantes españoles hicieran algún tímido ademán para acudir el yugo de Roma.

Cuando los arribistas políticos burgueses, obreros, hablan de las insurrecciones populares, su pretexto de que son inconscientes, débese á que nada les repugna tanto como el pueblo en la calle.

La monarquía, la comedia ríera, la ignorancia sostenida por el clero, la explotación conservada por los capitalistas, el hambre popular, el aislamiento de huelguistas, los fueros del terror blanco, con todo eso han sabido acomodarse. ¡Acordémonos del terror blanco en Francia, de 1820 á 1830, del terror negro en Rusia después de 1907!

Con todo eso han sabido acomodarse, con todo eso han pactado truces en cuanto han visto que se les iba a hacer, y se han acomodado con los hechos de 1793; la insurrección proletaria, la más atada á la punta de un palo y las caras lividas de los trabajadores del campo y de la ciudad.

Para retener á los revolucionarios populares, les lanzaron esa palabra cobarde, injusticia y traidora: «No hagáis movimientos de insurrección que os conduzcan á los proletarios alemanes y tratad de volveros a conducir á los proletarios revolucionarios de los países latinos.»

«¿Quién más que nosotros ha contribuido á escapar entre los trabajadores la conciencia clara y relievista del fin comunista anarquista que ha de alcanzarse? ¿Quién más que nosotros ha trabajado en el extranjero, desde Bakounine, ha trabajado para suscitar en la clase obrera, no sólo la conciencia del fin ansiado, sino también las razones históricas, económicas y de otro género para que tal fin pueda alcanzarse? ¿Quién más que nosotros ha insistido sobre la necesidad de que la burguesía dominará siempre hasta que el proletariado se quiere obtener de la Revolución?»

«Mas, precisamente porque conocemos nuestro fin, y porque sabemos que no podemos alcanzarse en un día; precisamente porque sabemos que un millón puede hacerse en un día y cambiar de dueño el mundo, y que un millón de millones de millones puede hacerse en un día, necesitamos cuatro ó cinco años de tormenta revolucionaria para llegar á un resultado tangible, á un cambio serio, durable, en la distribución de las fuerzas económicas de una nación; precisamente por eso decimos á los trabajadores: Las primeras insurrecciones de una Revolución no pueden tener más objeto que perturbar la distribución de la riqueza, como la guerra. Y es necesario obrar así para hacer posibles los desarrollos sucesivos de la Revolución.»

«Esta dificultad ha sido vencida, pues Anselmo Lorenzo ha acogido con simpatía nuestra idea, y dando una vez más pruebas de su desinterés ha aceptado el encargo. La paz y la guerra de Tierra y Libertad se hará, pues, bajo el direccionamiento de Anselmo Lorenzo, y en el figurarán trabajos de los más conocidos escritores del anarquismo.»

Para este Almanaque se solicita la colaboración de los compañeros. Quienes tengan un pensamiento útil con que contribuir á la obra emancipadora del proletariado y quieran y puedan condensarlo en forma breve y literaria, adecuada al objeto de la publicación y tengan á bien remitirnos, nos presentará un favor que participará en su obra de demolición.

En lo que cometieron una falta fué, no en el que se constituyera un gobierno de la Comune, lo que nosotros no queremos, porque los revolucionarios no están jamás en mayoría, sino en dejarse llevar al poder, en dejarse encerrar en un gobierno con un montón de burgueses hostiles á la revolución popular. Su deber consistía en persuadir en la calle, en sus barrios, con el pueblo en guerra, en el pueblo en alienación, en su manera de procurarse recursos de subsistencia, en la defensa de la población, en continuar siendo pueblo, en vivir con los pobres; en participar de sus cuestiones, de sus intereses, y en reconstruir con ellos la vida social, evidentemente no para que se repitiese el error de los burgueses Jacobina, robespierrista, anticomunista.

Es posible y aun probable que, invadida una tercera parte de Francia por los prusianos inmediatamente después de una guerra desastrosa, la Comune hubiera sido vencida. Pero el pueblo, que es el elemento de todo movimiento revolucionario, no se da por vencido después de una guerra desastrosa; inconscientemente que no se hubiera presentado sí los revolucionarios de 1869 hubieran comenzado el movimiento antes de la declaración de guerra. Toda revolución que estable después de una guerra desastrosa, tendrá siempre todas las probabilidades de éxito.

Peró, una vez, la Comune hubiera legado á la posteridad la revolución comunista é anarquista.

En todo caso, si fuera necesario esperar que la insurrección comenzara por una revolución de la Humanidad, que el mundo entero se dividiera en un movimiento de una Revolución, que para ello hubiera necesidad de que la mayoría se pusiera de acuerdo para la realización de un cambio comunista.

He aquí por qué los arribistas intelectuales y obreros predicaban contra las insurrecciones. Si los arribistas predicaban contra las insurrecciones, que es lo que ellos quieren la Revolución. La lemn. Detestan al pueblo en la calle tanto como los burgueses de 1793 detestaban á los hombres armados con picas.

Peró sin esas insurrecciones, sin toda una serie de insurrecciones, jamás sería posible la Revolución.

Se comprende que sea hoy la Revolución es necesario que se haya desarrollado en las masas el descontento, el deseo de acabar con la opresión; que se haya extendido en amplias capas del pueblo trabajador, de aquellas capas que desde generalmente violenta y revolucionaria. Cuando esos sentimientos existan, no capta de producirse por actos, los motivos locales son inevitables.

Y no se diga que son inútiles: no ha habido jamás insurrección inútil. La última insurrección de Barcelona suministraba una prueba más, unida á las numerosas que preceden á la Revolución, que el valor anticlerical se tradujo por acto de valentía, se necesitó la indignación europea contra la ejecución de nuestro amigo Ferrer para que los gobernantes españoles hicieran algún tímido ademán para acudir el yugo de Roma.

Cuando los arribistas políticos burgueses, obreros, hablan de las insurrecciones populares, su pretexto de que son inconscientes, débese á que nada les repugna tanto como el pueblo en la calle.

La monarquía, la comedia ríera, la ignorancia sostenida por el clero, la explotación conservada por los capitalistas, el hambre popular, el aislamiento de huelguistas, los fueros del terror blanco, con todo eso han sabido acomodarse. ¡Acordémonos del terror blanco en Francia, de 1820 á 1830, del terror negro en Rusia después de 1907!

Con todo eso han sabido acomodarse, con todo eso han pactado truces en cuanto han visto que se les iba a hacer, y se han acomodado con los hechos de 1793; la insurrección proletaria, la más atada á la punta de un palo y las caras lividas de los trabajadores del campo y de la ciudad.

Para retener á los revolucionarios populares, les lanzaron esa palabra cobarde, injusticia y traidora: «No hagáis movimientos de insurrección que os conduzcan á los proletarios alemanes y tratad de volveros a conducir á los proletarios revolucionarios de los países latinos.»

«¿Quién más que nosotros ha contribuido á escapar entre los trabajadores la conciencia clara y relievista del fin comunista anarquista que ha de alcanzarse? ¿Quién más que nosotros ha trabajado en el extranjero, desde Bakounine, ha trabajado para suscitar en la clase obrera, no sólo la conciencia del fin ansiado, sino también las razones históricas, económicas y de otro género para que tal fin pueda alcanzarse? ¿Quién más que nosotros ha insistido sobre la necesidad de que la burguesía dominará siempre hasta que el proletariado se quiere obtener de la Revolución?»

«Mas, precisamente porque conocemos nuestro fin, y porque sabemos que no podemos alcanzarse en un día; precisamente porque sabemos que un millón puede hacerse en un día y cambiar de dueño el mundo, y que un millón de millones de millones puede hacerse en un día, necesitamos cuatro ó cinco años de tormenta revolucionaria para llegar á un resultado tangible, á un cambio serio, durable, en la distribución de las fuerzas económicas de una nación; precisamente por eso decimos á los trabajadores: Las primeras insurrecciones de una Revolución no pueden tener más objeto que perturbar la distribución de la riqueza, como la guerra. Y es necesario obrar así para hacer posibles los desarrollos sucesivos de la Revolución.»

«Esta dificultad ha sido vencida, pues Anselmo Lorenzo ha acogido con simpatía nuestra idea, y dando una vez más pruebas de su desinterés ha aceptado el encargo. La paz y la guerra de Tierra y Libertad se hará, pues, bajo el direccionamiento de Anselmo Lorenzo, y en el figurarán trabajos de los más conocidos escritores del anarquismo.»

Para este Almanaque se solicita la colaboración de los compañeros. Quienes tengan un pensamiento útil con que contribuir á la obra emancipadora del proletariado y quieran y puedan condensarlo en forma breve y literaria, adecuada al objeto de la publicación y tengan á bien remitirnos, nos presentará un favor que participará en su obra de demolición.

En lo que cometieron una falta fué, no en el que se constituyera un gobierno de la Comune, lo que nosotros no queremos, porque los revolucionarios no están jamás en mayoría, sino en dejarse llevar al poder, en dejarse encerrar en un gobierno con un montón de burgueses hostiles á la revolución popular. Su deber consistía en persuadir en la calle, en sus barrios, con el pueblo en guerra, en el pueblo en alienación, en su manera de procurarse recursos de subsistencia, en la defensa de la población, en continuar siendo pueblo, en vivir con los pobres; en participar de sus cuestiones, de sus intereses, y en reconstruir con ellos la vida social, evidentemente no para que se repitiese el error de los burgueses Jacobina, robespierrista, anticomunista.

Es posible y aun probable que, invadida una tercera parte de Francia por los prusianos inmediatamente después de una guerra desastrosa, la Comune hubiera sido vencida. Pero el pueblo, que es el elemento de todo movimiento revolucionario, no se da por vencido después de una guerra desastrosa; inconscientemente que no se hubiera presentado sí los revolucionarios de 1869 hubieran comenzado el movimiento antes de la declaración de guerra. Toda revolución que estable después de una guerra desastrosa, tendrá siempre todas las probabilidades de éxito.

Peró, una vez, la Comune hubiera legado á la posteridad la revolución comunista é anarquista.

En todo caso, si fuera necesario esperar que la insurrección comenzara por una revolución de la Humanidad, que el mundo entero se dividiera en un movimiento de una Revolución, que para ello hubiera necesidad de que la mayoría se pusiera de acuerdo para la realización de un cambio comunista.

He aquí por qué los arribistas intelectuales y obreros predicaban contra las insurrecciones. Si los arribistas predicaban contra las insurrecciones, que es lo que ellos quieren la Revolución. La lemn. Detestan al pueblo en la calle tanto como los burgueses de 1793 detestaban á los hombres armados con picas.

Peró sin esas insurrecciones, sin toda una serie de insurrecciones, jamás sería posible la Revolución.

Se comprende que sea hoy la Revolución es necesario que se haya desarrollado en las masas el descontento, el deseo de acabar con la opresión; que se haya extendido en amplias capas del pueblo trabajador, de aquellas capas que desde generalmente violenta y revolucionaria. Cuando esos sentimientos existan, no capta de producirse por actos, los motivos locales son inevitables.

Y no se diga que son inútiles: no ha habido jamás insurrección inútil. La última insurrección de Barcelona suministraba una prueba más, unida á las numerosas que preceden á la Revolución, que el valor anticlerical se tradujo por acto de valentía, se necesitó la indignación europea contra la ejecución de nuestro amigo Ferrer para que los gobernantes españoles hicieran algún tímido ademán para acudir el yugo de Roma.

Cuando los arribistas políticos burgueses, obreros, hablan de las insurrecciones populares, su pretexto de que son inconscientes, débese á que nada les repugna tanto como el pueblo en la calle.

La monarquía, la comedia ríera, la ignorancia sostenida por el clero, la explotación conservada por los capitalistas, el hambre popular, el aislamiento de huelguistas, los fueros del terror blanco, con todo eso han sabido acomodarse. ¡Acordémonos del terror blanco en Francia, de 1820 á 1830, del terror negro en Rusia después de 1907!

Con todo eso han sabido acomodarse, con todo eso han pactado truces en cuanto han visto que se les iba a hacer, y se han acomodado con los hechos de 1793; la insurrección proletaria, la más atada á la punta de un palo y las caras lividas de los trabajadores del campo y de la ciudad.

Para retener á los revolucionarios populares, les lanzaron esa palabra cobarde, injusticia y traidora: «No hagáis movimientos de insurrección que os conduzcan á los proletarios alemanes y tratad de volveros a conducir á los proletarios revolucionarios de los países latinos.»

«¿Quién más que nosotros ha contribuido á escapar entre los trabajadores la conciencia clara y relievista del fin comunista anarquista que ha de alcanzarse? ¿Quién más que nosotros ha trabajado en el extranjero, desde Bakounine, ha trabajado para suscitar en la clase obrera, no sólo la conciencia del fin ansiado, sino también las razones históricas, económicas y de otro género para que tal fin pueda alcanzarse? ¿Quién más que nosotros ha insistido sobre la necesidad de que la burguesía dominará siempre hasta que el proletariado se quiere obtener de la Revolución?»

«Mas, precisamente porque conocemos nuestro fin, y porque sabemos que no podemos alcanzarse en un día; precisamente porque sabemos que un millón puede hacerse en un día y cambiar de dueño el mundo, y que un millón de millones de millones puede hacerse en un día, necesitamos cuatro ó cinco años de tormenta revolucionaria para llegar á un resultado tangible, á un cambio serio, durable, en la distribución de las fuerzas económicas de una nación; precisamente por eso decimos á los trabajadores: Las primeras insurrecciones de una Revolución no pueden tener más objeto que perturbar la distribución de la riqueza, como la guerra. Y es necesario obrar así para hacer posibles los desarrollos sucesivos de la Revolución.»

«Esta dificultad ha sido vencida, pues Anselmo Lorenzo ha acogido con simpatía nuestra idea, y dando una vez más pruebas de su desinterés ha aceptado el encargo. La paz y la guerra de Tierra y Libertad se hará, pues, bajo el direccionamiento de Anselmo Lorenzo, y en el figurarán trabajos de los más conocidos escritores del anarquismo.»

Para este Almanaque se solicita la colaboración de los compañeros. Quienes tengan un pensamiento útil con que contribuir á la obra emancipadora del proletariado y quieran y puedan condensarlo en forma breve y literaria, adecuada al objeto de la publicación y tengan á bien remitirnos, nos presentará un favor que participará en su obra de demolición.

En lo que cometieron una falta fué, no en el que se constituyera un gobierno de la Comune, lo que nosotros no queremos, porque los revolucionarios no están jamás en mayoría, sino en dejarse llevar al poder, en dejarse encerrar en un gobierno con un montón de burgueses hostiles á la revolución popular. Su deber consistía en persuadir en la calle, en sus barrios, con el pueblo en guerra, en el pueblo en alienación, en su manera de procurarse recursos de subsistencia, en la defensa de la población, en continuar siendo pueblo, en vivir con los pobres; en participar de sus cuestiones, de sus intereses, y en reconstruir con ellos la vida social, evidentemente no para que se repitiese el error de los burgueses Jacobina, robespierrista, anticomunista.

Es posible y aun probable que, invadida una tercera parte de Francia por los prusianos inmediatamente después de una guerra desastrosa, la Comune hubiera sido vencida. Pero el pueblo, que es el elemento de todo movimiento revolucionario, no se da por vencido después de una guerra desastrosa; inconscientemente que no se hubiera presentado sí los revolucionarios de 1869 hubieran comenzado el movimiento antes de la declaración de guerra. Toda revolución que estable después de una guerra desastrosa, tendrá siempre todas las probabilidades de éxito.

Peró, una vez, la Comune hubiera legado á la posteridad la revolución comunista é anarquista.

En todo caso, si fuera necesario esperar que la insurrección comenzara por una revolución de la Humanidad, que el mundo entero se dividiera en un movimiento de una Revolución, que para ello hubiera necesidad de que la mayoría se pusiera de acuerdo para la realización de un cambio comunista.

He aquí por qué los arribistas intelectuales y obreros predicaban contra las insurrecciones. Si los arribistas predicaban contra las insurrecciones, que es lo que ellos quieren la Revolución. La lemn. Detestan al pueblo en la calle tanto como los burgueses de 1793 detestaban á los hombres armados con picas.

Peró sin esas insurrecciones, sin toda una serie de insurrecciones, jamás sería posible la Revolución.

Se comprende que sea hoy la Revolución es necesario que se haya desarrollado en las masas el descontento, el deseo de acabar con la opresión; que se haya extendido en amplias capas del pueblo trabajador, de aquellas capas que desde generalmente violenta y revolucionaria. Cuando esos sentimientos existan, no capta de producirse por actos, los motivos locales son inevitables.

Y no se diga que son inútiles: no ha habido jamás insurrección inútil. La última insurrección de Barcelona suministraba una prueba más, unida á las numerosas que preceden á la Revolución, que el valor anticlerical se tradujo por acto de valentía, se necesitó la indignación europea contra la ejecución de nuestro amigo Ferrer para que los gobernantes españoles hicieran algún tímido ademán para acudir el yugo de Roma.

Cuando los arribistas políticos burgueses, obreros, hablan de las insurrecciones populares, su pretexto de que son inconscientes, débese á que nada les repugna tanto como el pueblo en la calle.

La monarquía, la comedia ríera, la ignorancia sostenida por el clero, la explotación conservada por los capitalistas, el hambre popular, el aislamiento de huelguistas, los fueros del terror blanco, con todo eso han sabido acomodarse. ¡Acordémonos del terror blanco en Francia, de 1820 á 1830, del terror negro en Rusia después de 1907!

Con todo eso han sabido acomodarse, con todo eso han pactado truces en cuanto han visto que se les iba a hacer, y se han acomodado con los hechos de 1793; la insurrección proletaria, la más atada á la punta de un palo y las caras lividas de los trabajadores del campo y de la ciudad.

Para retener á los revolucionarios populares, les lanzaron esa palabra cobarde, injusticia y traidora: «No hagáis movimientos de insurrección que os conduzcan á los proletarios alemanes y tratad de volveros a conducir á los proletarios revolucionarios de los países latinos.»

«¿Quién más que nosotros ha contribuido á escapar entre los trabajadores la conciencia clara y relievista del fin comunista anarquista que ha de alcanzarse? ¿Quién más que nosotros ha trabajado en el extranjero, desde Bakounine, ha trabajado para suscitar en la clase obrera, no sólo la conciencia del fin ansiado, sino también las razones históricas, económicas y de otro género para que tal fin pueda alcanzarse? ¿Quién más que nosotros ha insistido sobre la necesidad de que la burguesía dominará siempre hasta que el proletariado se quiere obtener de la Revolución?»

«Mas, precisamente porque conocemos nuestro fin, y porque sabemos que no podemos alcanzarse en un día; precisamente porque sabemos que un millón puede hacerse en un día y cambiar de dueño el mundo, y que un millón de millones de millones puede hacerse en un día, necesitamos cuatro ó cinco años de tormenta revolucionaria para llegar á un resultado tangible, á un cambio serio, durable, en la distribución de las fuerzas económicas de una nación; precisamente por eso decimos á los trabajadores: Las primeras insurrecciones de una Revolución no pueden tener más objeto que perturbar la distribución de la riqueza, como la guerra. Y es necesario obrar así para hacer posibles los desarrollos sucesivos de la Revolución.»

«Esta dificultad ha sido vencida, pues Anselmo Lorenzo ha acogido con simpatía nuestra idea, y dando una vez más pruebas de su desinterés ha aceptado el encargo. La paz y la guerra de Tierra y Libertad se hará, pues, bajo el direccionamiento de Anselmo Lorenzo, y en el figurarán trabajos de los más conocidos escritores del anarquismo.»

Para este Almanaque se solicita la colaboración de los compañeros. Quienes tengan un pensamiento útil con que contribuir á la obra emancipadora del proletariado y quieran y puedan condensarlo en forma breve y literaria, adecuada al objeto de la publicación y tengan á bien remitirnos, nos presentará un favor que participará en su obra de demolición.

En lo que cometieron una falta fué, no en el que se constituyera un gobierno de la Comune, lo que nosotros no queremos, porque los revolucionarios no están jamás en mayoría, sino en dejarse llevar al poder, en dejarse encerrar en un gobierno con un montón de burgueses hostiles á la revolución popular. Su deber consistía en persuadir en la calle, en sus barrios, con el pueblo en guerra, en el pueblo en alienación, en su manera de procurarse recursos de subsistencia, en la defensa de la población, en continuar siendo pueblo, en vivir con los pobres; en participar de sus cuestiones, de sus intereses, y en reconstruir con ellos la vida social, evidentemente no para que se repitiese el error de los burgueses Jacobina, robespierrista, anticomunista.

Es posible y aun probable que, invadida una tercera parte de Francia por los prusianos inmediatamente después de una guerra desastrosa, la Comune hubiera sido vencida. Pero el pueblo, que es el elemento de todo movimiento revolucionario, no se da por vencido después de una guerra desastrosa; inconscientemente que no se hubiera presentado sí los revolucionarios de 1869 hubieran comenzado el movimiento antes de la declaración de guerra. Toda revolución que estable después de una guerra desastrosa, tendrá siempre todas las probabilidades de éxito.

Peró, una vez, la Comune hubiera legado á la posteridad la revolución comunista é anarquista.

En todo caso, si fuera necesario esperar que la insurrección comenzara por una revolución de la Humanidad, que el mundo entero se dividiera en un movimiento de una Revolución, que para ello hubiera necesidad de que la mayoría se pusiera de acuerdo para la realización de un cambio comunista.

He aquí por qué los arribistas intelectuales y obreros predicaban contra las insurrecciones. Si los arribistas predicaban contra las insurrecciones, que es lo que ellos quieren la Revolución. La lemn. Detestan al pueblo en la calle tanto como los burgueses de 1793 detestaban á los hombres armados con picas.

Peró sin esas insurrecciones, sin toda una serie de insurrecciones, jamás sería posible la Revolución.

Se comprende que sea hoy la Revolución es necesario que se haya desarrollado en las masas el descontento, el deseo de acabar con la opresión; que se haya extendido en amplias capas del pueblo trabajador, de aquellas capas que desde generalmente violenta y revolucionaria. Cuando esos sentimientos existan, no capta de producirse por actos, los motivos locales son inevitables.

Y no se diga que son inútiles: no ha habido jamás insurrección inútil. La última insurrección de Barcelona suministraba una prueba más, unida á las numerosas que preceden á la Revolución, que el valor anticlerical se tradujo por acto de valentía, se necesitó la indignación europea contra la ejecución de nuestro amigo Ferrer para que los gobernantes españoles hicieran algún tímido ademán para acudir el yugo de Roma.

Cuando los arribistas políticos burgueses, obreros, hablan de las insurrecciones populares, su pretexto de que son inconscientes, débese á que nada les repugna tanto como el pueblo en la calle.

La monarquía, la comedia ríera, la ignorancia sostenida por el clero, la explotación conservada por los capitalistas, el hambre popular, el aislamiento de huelguistas, los fueros del terror blanco, con todo eso han sabido acomodarse. ¡Acordémonos del terror blanco en Francia, de 1820 á 1830, del terror negro en Rusia después de 1907!

Con todo eso han sabido acomodarse, con todo eso han pactado truces en cuanto han visto que se les iba a hacer, y se han acomodado con los hechos de 1793; la insurrección proletaria, la más atada á la punta de un palo y las caras lividas de los trabajadores del campo y de la ciudad.

Para retener á los revolucionarios populares, les lanzaron esa palabra cobarde, injusticia y traidora: «No hagáis movimientos de insurrección que os conduzcan á los proletarios alemanes y tratad de volveros a conducir á los proletarios revolucionarios de los países latinos.»

«¿Quién más que nosotros ha contribuido á escapar entre los trabajadores la conciencia clara y relievista del fin comunista anarquista que ha de alcanzarse? ¿Quién más que nosotros ha trabajado en el extranjero, desde Bakounine, ha trabajado para suscitar en la clase obrera, no sólo la conciencia del fin ansiado, sino también las razones históricas, económicas y de otro género para que tal fin pueda alcanzarse? ¿Quién más que nosotros ha insistido sobre la necesidad de que la burguesía dominará siempre hasta que el proletariado se quiere obtener de la Revolución?»

«Mas, precisamente porque conocemos nuestro fin, y porque sabemos que no podemos alcanzarse en un día; precisamente porque sabemos que un millón puede hacerse en un día y cambiar de dueño el mundo, y que un millón de millones de millones puede hacerse en un día, necesitamos cuatro ó cinco años de tormenta revolucionaria para llegar á un resultado tangible, á un cambio serio, durable, en la distribución de las fuerzas económicas de una nación; precisamente por eso decimos á los trabajadores: Las primeras insurrecciones de una Revolución no pueden tener más objeto que perturbar la distribución de la riqueza, como la guerra. Y es necesario obrar así para hacer posibles los desarrollos sucesivos de la Revolución.»

«Esta dificultad ha sido vencida, pues Anselmo Lorenzo ha acogido con simpatía nuestra idea, y dando una vez más pruebas de su desinterés ha aceptado el encargo. La paz y la guerra de Tierra y Libertad se hará, pues, bajo el direccionamiento de Anselmo Lorenzo, y en el figurarán trabajos de los más conocidos escritores del anarquismo.»

Para este Almanaque se solicita la colaboración de los compañeros. Quienes tengan un pensamiento útil con que contribuir á la obra emancipadora del proletariado y quieran y puedan condensarlo en forma breve y literaria, adecuada al objeto de la publicación y tengan á bien remitirnos, nos presentará un favor que participará en su obra de demolición.

En lo que cometieron una falta fué, no en el que se constituyera un gobierno de la Comune, lo que nosotros no queremos, porque los revolucionarios no están jamás en mayoría, sino en dejarse llevar al poder, en dejarse encerrar en un gobierno con un montón de burgueses hostiles á la revolución popular. Su deber consistía en persuadir en la calle, en sus barrios, con el pueblo en guerra, en el pueblo en alienación, en su manera de procurarse recursos de subsistencia, en la defensa de la población, en continuar siendo pueblo, en vivir con los pobres; en participar de sus cuestiones, de sus intereses, y en reconstruir con ellos la vida social, evidentemente no para que se repitiese el error de los burgueses Jacobina, robespierrista, anticomunista.

Es posible y aun probable que, invadida una tercera parte de Francia por los prusianos inmediatamente después de una guerra desastrosa, la Comune hubiera sido vencida. Pero el pueblo, que es el elemento de todo movimiento revolucionario, no se da por vencido después de una guerra desastrosa; inconscientemente que no se hubiera presentado sí los